

escrito a máquina

Rubén y
Tirteo



Nos dirigimos, como pueblo, a un término de madurez. Hacia los cien años de que nuestra patria produjo su héroe cultural, el poeta de toda una lengua — el hombre que en América sólo admite de par en estatura a Bolívar, soldado de todo un continente — y ya dije en otra ocasión que el viejo adagio castellano: NOBLEZA OBLIGA se humaniza y convierte para los nicaragüenses en “RUBEN OBLIGA”.

Recuerdo mi última conversación con René chick el día en que se incorporó a la Academia de la Lengua. Le dije que consideraba un hermoso presagio o signo para el destino de Nicaragua que un presidente dedicara sus horas libres a estudiar política en Rubén Darío y tratara de devolver a la dignidad del “primer magistrado” su noble etimología de primer magisterio. Luego bromeamos porque en su discurso (sobre “Rubén Darío y la política”) había dicho que Rubén desconfiaba de los procesos electorales.

—“No soportaba la demagogia” —me contestó. Y yo, pesimista:

—“Pronto vamos a tener que soportarla”.

—“Tenemos que empeñarnos en hacer una política de altura” —me replicó serio.

Parecía pues que nos dirigíamos a Grecia. Que en el puerto del Centenario, donde proclamaríamos portaestandarte de la nacionalidad a un hombre de letras y de paz, nos reuniríamos en el ágora y en vez de tirarnos los trastos a la cabeza en lucha por el poder, oíríamos la lección del poeta — “el gobierno debe ser entregado a los más sabios y a los más capaces” — y elegíamos autoridad en orden y en paz.

Era una prueba difícil. Iban a coincidir el sufragio y el Centenario. Pero parecía que el barco había puesto, optimista, proa a la luminosa Atenas.

A pocos meses de viaje todo nos hace suponer que hemos equivocado de ruta: vamos camino de Esparta.

Vecina de Atenas, antagonista de su democracia, Esparta no era una sociedad de ciudadanos sino un Estado-campamento de guerreros.

Atenas era el milagro griego del pensamiento en libertad y desarrollo que asciende a la más alta región de la filosofía y del arte. (Tres mil años después su cultura todavía sigue nutriendo civilizaciones). Esparta por el contrario, colocaba como ideal supremo la disciplina y para conservar esa disciplina militarista detuvo la evolución de sus instituciones. Su culto fue la guerra y, bajo la tiranía de los éforos o jefes militares, se cerró para siempre en una oligarquía castrense, indomable en su valor — espartana! — pero estéril.

Vamos hacia Esparta creyendo que hemos tomado pasaje —con Rubén, Jásón y los Argonautas— para Atenas. A una Esparta de bonches, de terrorismo y represión, de injuria y ~~de ismancia~~ y juegos prohibidos. A medida que avanzamos hacia la fecha del centenario la temperatura política desciende de nival.

Así como cuando lleguen a Nicaragua los ~~los~~ invitados —los poetas, los escritores, los ~~los~~ dramáticos del mundo entero— estando como nosotros en la boca del horno electoral, los adje-

techarán humo y los verbos se conjugarán vivo y daremos un espectáculo difícilmente

brable. ¡Qué suerte de patria! ¡Cuando a una fecha para su gloria, cuando podía ocupar un lugar en el estrado de la cul-

occidente, estará con el vestido roto, lleno de moretones y enseñando sus vergüenzas! Si echamos la presencia de los ajenos, de los

ajeros para acusarnos al estilo del mercado; rogemos, además, el calor de esas polémicas

irnos a las manos, el ridículo y el despres-será doble: porque habremos pagado pas-

estadía a los más finos y perspicaces escritores del mundo, para que vean de cerca lo que me-

hubieran ignorado o visto de lejos. Los espartanos atribuían sus mejores leyes y

ta de las llanuras de Mesenia a un poeta Tirteo. Existen todavía fragmentos

as animando a los feroces pánfilos, es a “cubrirse con los cóncavos es-

ir las lanzas de fresno, matadoras. Seguramente Tirteo hizo algunos

s pero los espartanos los olvidaron an sus cantos de guerra alentando

Con los siglos, de Esparta no queda sobre Tirteo se fue tejiendo la leyenda

que había sido renco, un pobre maestro de tela cojo que los atenienses habían prestado

parta para que se civilizara. ¡No había tal! No era un soldado espartano pero la leyenda

os vi demostrar lo incomprensible que

taba la existencia de un poeta es-

o.

ismo peligro al paso que

mundo de cerca a su

se, se le haga incom-

de aquí y comien-

teo convirtiéndolo

entino o mexica-

i nos descuida-

- VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

¿que se ocupen en festejar las fechas del cenario del poeta, que partidos y grupos se comprometan a guardar con llave sus rencillas, acusaciones y reproches? ¿Que no hablen los candidatos —ni UNO ni el otro—! . . . que esperen e haya partido el último huésped para volver golpe, la injuria, el grito, el fraude; para desnecer el sueño ateniense sugerido por Rubén y volvernemos a nuestra dura realidad espartana en “lanzas de fresno, matadoras de hombres”...!

PABLO ANTONIO CUADRA